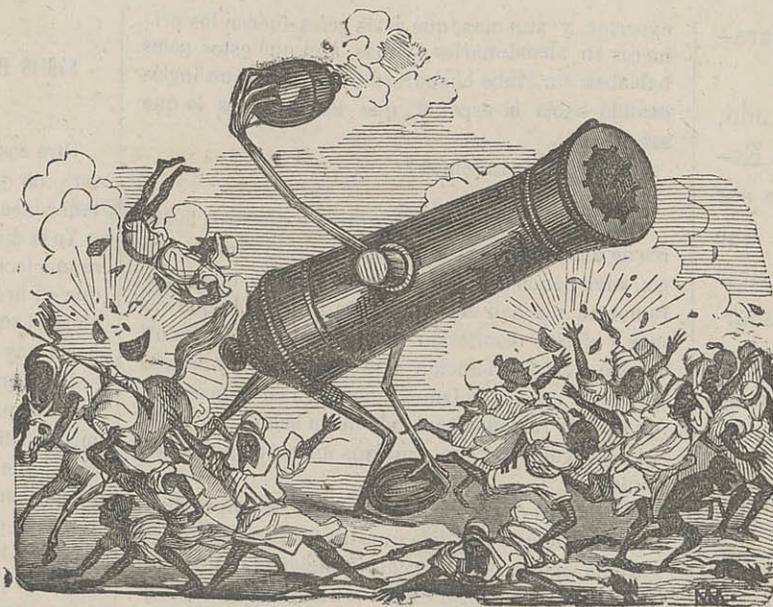


5 reales al mes
EN MADRID Y BARCELONA,
á
domicilio.

18 reales por trimestre
en provincias,
franco de porte por el correo.

UN NÚMERO SUELTO 8 CUARTOS.
SE PUBLICA SEIS VECES AL MES.



Administracion
LIBRERIA LA ESPAÑOLA,
calle Ancha núm. 26,
Barcelona.

Se suscribe en Madrid
LIBRERIA ESPAÑOLA,
Calle de Relatores, número 15.

EN PROVINCIAS: principales librerías,
y directamente remitiendo sellos de franqueo, á
la Administracion de Barcelona.

EL CAÑON RAYADO.

PERIÓDICO METRALLA DE LA GUERRA DE ÁFRICA.



UN GOLPE MAESTRO.

La atención de los hombres pensadores de Europa se halla poderosamente escitada por un hecho notabilísimo, eminentísimo, culminantísimo.

El emperador de Marruecos acaba de mandarse fabricar un sombrero calañés.

¿Para qué hará falta un sombrero calañés al emperador de Marruecos?

¡Aquí está el busilis, es decir, aquí está lo que escita poderosamente la atención de los hombres pensadores de Europa. La diplomacia anda en un pié; husmea, inquiere, cruza despachos y telegrafea; pero se queda á oscuras: duda, vacila, y reconociendo su derrota, se declara vencida.

La Europa anda en opiniones, pero ninguno atina en la verdadera causa que ha precisado al emperador de Marruecos para mandarse construir un sombrero calañés.

Los italianos, que juzgan de todo ligeramente, pretenden que el emperador se ha enamorado de alguna andaluza, lo cual, sea dicho de paso, no es fenómeno nuevo en España. De lo que se infiere que el corazón de un emperador puede hacer tilí, como el de otro cualquiera.

Pero los italianos han dado esta vez una nota en falso.

Los ingleses, que conocen la desmedida afición que Side-Mohamet tiene al vino de

España, han meneado gravemente la cabeza, preguntando en seguida:

---¿Ser de día ó de noche que el emperador mandarse fabricar el calañés?

---Entrada la noche; despues de la comida.

---En este caso, no quedar duda alguna: el marrueco estar borracho. Nosotros no hacer caso alguno de lo que decir ú obrar un hombre despues de los postres.

Los franceses, que han generalizado últimamente el uso de los sombreros calañeses, falta de originalidad muy poco honrosa para la facundia de los figurinistas de allende el Pirineo, se han engreído como de costumbre, y echándolas de guapos han dicho: sigue nuestras modas.

Los rusos, gente que estila unos enormes gorros de piel de oso (lo cual les da cierto aire muy parecido á esta notable clase de las razas de pelo en pecho) y que están reñidos con la inverosímil chistera con que se cubren las elegantes cabezas del medio día de Europa, han opinado que el emperador de Marruecos trataba de dar una lección de buen gusto á los españoles, en demostración de que no era tan bruto como se le cree, y él en parte concede.

Los portugueses han renunciado á descifrar el enigma, para non rebajarse fijándose en las cosas de España, y dicen: Non lo faciera o emperador de Marruecos con á sombra de o gran rey D. Sebastian.

Los alemanes han escrito 24 volumino-

sos tomos dilucidando la materia, durante cuyo trabajo han apurado sus autores 712 barriles de cerveza. Al fin y al cabo la cuestión ha quedado mas embrollada que antes, á fuerza de la fuerza de tanta filosofía; y la academia imperial de los buscones testarudos, cuya misión consiste en descrismarse para averiguar quien fué el primero que durmió de panza al sol, y otras cosas tan interesantes como esta, ha ofrecido un ejemplar de las obras de Leibnitz al que descifre la filosofía que entraña sin remisión este cabezudo asunto.

Los suizos han opinado que si Guillermo Tell viviera, es probable que ninguna importancia daría á una cuestión que por ningún concepto puede comprometer, de cerca ni de lejos, la integridad de los cantones libres.

La Turquía y la Grecia trataban de discurrir; pero se han fatigado solamente de pensarlo, y por fortuna se han apercibido de que hace mucho tiempo están dispensadas de este trabajo.

Esto ha discurrido la Europa á propósito del sombrero calañés que se ha mandado fabricar el buen Side-Mohamet; pero la Europa, preciso es confesarlo, se ha equivocado de medio á medio.

El emperador de Marruecos tiene miras tan elevadas, cálculos tan profundos que se pierden de vista. Pero nosotros somos muy linceos y hemos penetrado algo de sus intentos.

El diplomático dueño del gran paraguas se ha echado la siguiente cuenta.

Los ingleses son los dueños del mundo, y por consiguiente son los dueños de España. Esta consecuencia es marrueca por todos sus cuatro cabos. Lo primero que hacen los ingleses en Gibraltar es visitar Algeciras, y en Algeciras comprar un sombrero calañés. Una prenda de esta naturaleza equivale á tomar carta de vecindad en Andalucía, considerada por los britanos como una provincia unida al pelado y peliagudo reino de Gibraltar.

Ahora bien, los ingleses, para dar una muestra de su desprendimiento en favor del soberano de Marruecos, han abdicado en él sus derechos sobre Andalucía, y ya que un pequeño inconveniente rayado se oponga á que Side-Mohamet tome por ahora posesion de su nuevo feudo, quiere á lo menos ostentar la insignia de su soberanía: el sombrero calañés del emperador será un símbolo de su nueva majestad.

Ni el tremendo Júpiter Olímpico tendrá que ver con el gran marrueco cuando ponga de manifiesto el calañés sobre la frente y en su mano el gran paraguas....

De esta suerte piensa tomar posesion de la Alhambra. Su primera disposicion, cuando llegue este caso, será suprimir el punto denominado: *El suspiro del moro*; la segunda amortizar todos los vinos de Jerez y Málaga. Una dificultad empero se le ocurre: el Alcoran prohíbe á los moros beber vino.

No se afija S. M. marrueca: la protestante Inglaterra se encargará de demostrarle que el Alcoran, lo mismo que la Biblia anglicana, no rige sino de sol á sol. Allí donde termina el reinado de la luz, comienza el imperio del Pedro Jimenez y del blanco moscatel de San Lucar.

M. A.

UN ARTICULO INOCENTE ESCRITO SIN INTENCION.

Nuestros lectores recordarán que en una de las primeras acciones que tuvieron lugar cuando el general en jefe hubo llegado al campamento del serrallo, se decia que los moros parecian tener gefes que les dirigian, pues obraban confo me á un plan determinado de antemano y efectuaban movimientos estratégicos, cosa que no habia sucedido hasta entonces.

Pues bien, lo que entonces se dijo fué bien dicho.

Nada mas cierto ni positivo. Los moros tenian gefes que iban vestidos como ellos y que por consecuencia legitima eran moros en carne y hueso, á juzgar por aquello de que *el hábito es el que hace el monje*, por mas que haya quien quiera decir que el hábito no hace el monje.

Ahora bien, ¿cómo sabeis vosotros, se nos preguntará naturalmente, que los moros tenian gefes

expertos, y aun mas, que estos gefes fueron los primeros en abandonarles, y mas aun que estos gefes hablaban un árabe chapurrado, al estilo de un inglés cuando habla el español, que todo esto es lo que sabemos?

Ah! ¿cómo lo sabemos?

Es un secreto.

Pero en fin, como entre nosotros y nuestros lectores ne debe mediar secreto alguno, se lo vamos á decir, advirtiendo solo que es en confianza y que esperamos no nos han de vender. De saberse lo que vamos á decir, resultarían males incalculables. Es un secreto de consideracion que confiamos á nuestros lectores y que no dudamos guardarán en lo mas profundo de la raiz mas profunda de su seno.

Lo sabemos porque tenemos un corresponsal en Tanjer.

El hecho es cierto. Se *puede subir de piés* sobre él.

Hé aquí lo que nos dice nuestro corresponsal.

Al dia siguiente de la accion mencionada, un moro viejo y de barba blanca estaba sentado tranquilamente en una calle de Tanger fumando su pipa. Los moros tienen por costumbre sentarse en mitad de la calle. Tienden un tapiz en el suelo, ó no lo tienden, que esto para muchos es igual, hacen una X con sus piernas y héte aquí un hombre dispuesto á pasarse horas enteras en esta postura, con acompañamiento de su pipa.

Los moros podrán no ser cristianos, pero saben perfectamente pasar cristianamente las horas.

Un morito jóven, de unos veinte á veinte y cinco, se acercó al moro de la barba blanca, y se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

Moro jóven. La paz sea con vos.

Moro viejo. Alabanzas sean dadas á Dios. Estoy contento de verte.

Moro jóven. Y yo á vos, pues sois la lumbrera de Tanjer.

Moro viejo. Ya sé que os portasteis como hombres en la accion de ayer.

Moro jóven. Mas hubiéramos hecho si esos perros cristianos tuviesen la galanteria de ser un poco cobardes.

Moro viejo. Mister Broquil me lo ha contado todo.

Moro jóven. ¿Quién es mister Broquil?

Moro viejo. Aquel amigo nuestro, ya sabes.

Moro jóven. Y qué os ha dicho?

Moro viejo. Que os sostuvisteis bien, hasta que al fin y al cabo echasteis á correr. ¿Estais viendo ahora lo que vale tener jefes que lo entiendan?

Moro jóven. Quereis que os diga una cosa?

Moro viejo. Dí.

Moro jóven. Mister Broquil es un perro como los otros.

Moro viejo. ¿Cómo te atreves á decir esto de un amigo?

Moro jóven. Mister Broquil, lo mismo que los demás jefes, fueron los primeros en echar á correr, y la verdad del caso es que no hicimos lo que debíamos.

Moro viejo. ¿Pero porqué echaron á correr mister Broquil y los demás jefes?

Moro jóven. Porque vieron entre los españoles soldados que llevaban pantalones encarnados.

Moro viejo. Bien ¿y qué?

Moro jóven. Y entonces dijeron que eran franceses.

Moro viejo. Bien ¿y qué?

Moro jóven. Y volvieron grupa, porque dijeron que no querian comprometer la política de su nacion.

Moro viejo. Ah!

Moro jóven. Así estaba escrito.

En esto, nuestro corresponsal que estaba escuchando el diálogo, tuvo que retirarse porque vió que se empezaba á reparar en él.

De esto que nos escribe, deducimos nosotros todas las consecuencias que, invirtiendo el orden, hemos puesto primero.

Adviértase que volvemos á protestar de que trasladamos el diálogo sin ninguna intencion.

V. B.

SABIAS PROVIDENCIAS DEL EMPERADOR DE MARRUECOS.

Otra cosa hay que, á manera de el comer y el ras-car, no quiere sino empezar, y esta otra cosa es el tener ideas.

Yo lo digo y el señor Side-Mohamet lo prueba. Para mis lectores será esto evidente así que recuerden que en brevisimo tiempo ha tenido una porcion de ideas el sublime emperador, de cuya cabeza nadie hasta hoy habia visto salir cosa semejante.

Pero, por lo visto, la dificultad consistia en dar salida á la primera idea, que una vez está fuera, por el mismo sitio habian de salir como han salido gran porcion, que no todas aun, de las que en tantos años almacenara su majestad entre su cerebro y la imperial tapa del mismo.

Y ahora hablando de ideas, se me ocurre á mi tambien una, y aquí me pruebo yo á mi mismo que no se necesita ser emperador para tenerlas-y es, que, calculando, por la furia con que salen las ideas de la cabeza de Side-Mohamet, lo apiñadas que en ella estarán, juzgo que si se practicara en aquella gran cabeza la operacion del trépano, capaz seria ella sola de inundar al África de ideas....

Pero vale mas que esto no suceda, que luego dirian los maldicientes que hacíamos la guerra á las ideas de los moros, y no á estos.

Nosotros les cortamos la cabeza, pero sin tocar en ella á la idea.

La última, pues, que ha tenido el poderoso emperador, es tan suya, tan propia, tan imperial, que nunca mas conforme pudiera tenerla su majestad.

Es una idea de desconfianza.

El emperador de Marruecos ha desconfiado.

Su desconfianza estaba en las noticias de la guerra.

En vista de ellas contaba el sublime señor las palizas recibidas por los encuentros habidos, y siguiendo su cálculo, concluía al fin por una paliza última y suprema que le dejara para siempre molido y derrengado.

—Esto no puede ser, se decia; á mí se me engaña, y desde el momento en que se me engaña, estoy en el derecho de desconfiar. ¡Ola!

El gran visir se presentó.

—Poderoso señor....

—Que se mande orden al momento para que se me presente Ali-ji-ja-ma-ru-ju-muf, general del ejército que ha ido á batirse con los españoles.

—Al momento podrás verle, poderoso señor, pues ha llegado esta mañana.

—Sí? Tanto mejor. Que venga, quiero interrogarle.

Ali-ji-ja-ma-ru-ju-muf se presentó á los pocos momentos.

El general entra de medio lado y con una pata arrastrando.

—Muy derrengado vienes, mi bravo general, dijo el emperador al verle.

—Poderoso señor, el caso no es para menos.

—Con que pegan?

—Y recio, gran señor!

—Fuerza será creerlo!.. dijo el emperador con sentimiento.

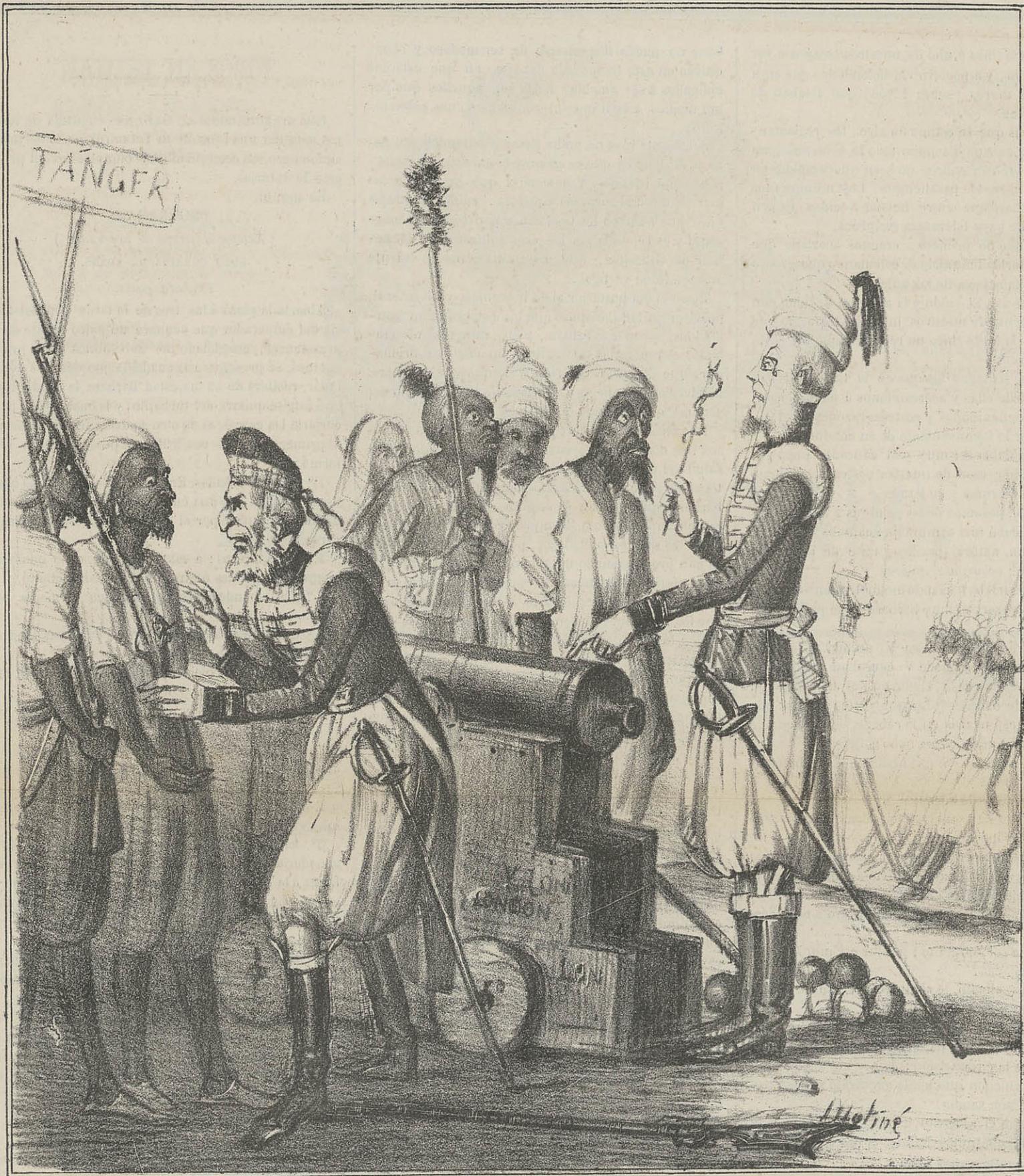
Pero ¿en qué consiste esto?

—En que pelean de un modo que nunca se les ven venir.

Gran visir, darás al momento la orden á todas mis tropas de que desde hoy en adelante peleen con los ojos bien abiertos.

—Sabia es tu providencia, poderoso señor; pero es el caso, continuó Ali-ji-ja-ma etc. que no solo son necesarios los ojos bien abiertos para verles venir, como acaba de descubrir tu sabiduria, sino que hasta fuera preciso tener los oidos en medio de ellos para poder entender las estratagemas de que se valen y que tantos estragos nos causan.

—Gran visir, contiúo el emperador providenciando.



Lit Vazquez. R.^a 31.

Marruecos á la inglesa, ó séase, soldados comunes. de dos.

Toma mi alfange y córtale una oreja á Ali-ji-ja-ma-ru-ju-muf.

—Poderoso señor!...

—Nada: Así.

El gran visir ejecutó al momento la orden de su amo.

—Ahora, repuso el emperador; con toda la astucia que el caso requiere, arrojárs la oreja al campo enemigo y así no tendrás excusa en adelante, ni podrás alegar ignorancia de sos planes, pues por mucha cautela que quieran tener, no presumirán que tu oreja esté allí para oír lo que digan, respecto de sus nuevos proyectos para atacarte.

Ali-ji-ja-ma-ru-ju-muf, cogió la oreja con una

mano y llevando la otra á la parte dolorida, hizo las tres cortesías de ordenanza, levantó la pata coja y se dispuso á marcharse.

El emperador le dijo además al salir:

—Tienes ya todos los medios de vencer; si sales otra vez vencido, disponte á perder la otra oreja juntamente con la otra pata.

ANTONIO ALTADILL.

Aunque recibida con notable retraso, insertamos á continuación la siguiente carta.

CAMPAMENTO DEL SERRALLO 30 DE NOVIEMBRE 1839.

Muy señor mio: esta mañana á cosa de las ocho, estábamos tranquilos y sin meternos en nadie, en mi tienda, jugando un tute inocente al amor de una confortable chimenea francesa, cuando sentímos de pronto una algarabía de dos mil demonios.

Gritos, alaridos, ahullidos, golpes de bombo, trompetazos... tal bataola en fin, que llegamos á en-

sordecen. Embiamos á uno de nuestros lacayos á ver que era aquello, y á poco volvió diciéndonos que eran unos cuantos moros (sobre 12000) que estaban de broma y jarana.

En todo país que se estima en algo, los reglamentos de policía urbana disponen todo lo necesario para que los habitantes pacíficos no sean interrumpidos en sus tareas ó honestos pasatiempos. Los miramientos que deben guardarse entre buenos vecinos exigen así mismo que haya tolerancia recíproca.

Considerando lo primero, creimos acertado que obrase la autoridad municipal, calculando que pronto cesaría aquella bataola de los infiernos.

Pero no fué así. El ruido y la algazara seguían con grave detrimento de nuestros intereses, puesto que distraído con la bulla, hice un renuncio que me costó cinco cuartos.

Justamente irritados los que en la tienda estábamos, salimos de ella, y acercándonos á los alborotadores, con buenos modos y corteses razones, les hicimos entender lo inconveniente de su conducta.

Esta gente debía ser muy mal educada, pues sin hacer el menor caso de nuestra costesanía, siguió adelante en su broma y su jarana.

En su vista, pasamos de las palabras á los hechos, y á poco, se armó una zambra que cantaba el credo. Yo que soy de natural pacífico, traté de apaciguar aquella gente; pero que si quieres.

Un morazo andaba haciendo molinetes con su espingarda, sin reparar, el muy bárbaro, que podía lastimarme.

— ¡Hombre! le dije: no sea V. animal. ¿No vé V. que estoy aquí y que puede V. causarme daño?

Él, sin hacerme caso, siguió en sus molinetes, y, ¿qué había de suceder? Lo que yo me temía: me acerto con la espingarda en la cabeza, levantándome un chichon mas grande que nabo gallego.

Entonces, saliendo de mis casillas, le dí una estocada, diciéndole:

— Toma, pedazo de bestia.

El moro cayó de espaldas haciéndome muecas grotescas y gestos indecentes.

Un sargento que acertó á pasar por allá, al ver una conducta tan impertinente de parte del moro, me dijo, levantando la culata de la carabina:

¿Quiere V. que le rompa el bautismo á este bárbaro?

— No puede ser, sargento; porque ese moro no tiene bautismo.

— Entonces, añadió, le romperé la crisma.

— Tampoco la tiene; le contesté.

— Pues yo le he de romper algo, replicó: ¿qué quiere V. que le rompa para que cesen sus muecas?

— Rómpele la circuncision: dije, y me alejé apretándome el chichon que había adquirido ya las proporciones de una sandía.

No sé lo que el sargento le rompería, pero es lo cierto que cinco minutos despues el moro estaba mucho mas tranquilo y mas serio.

La zalagarda se acabó: hubo algunos descalabrados (1500 moros y unos 300 de los nuestros); y los alborotadores se fueron con la música á otra parte, volviendo nosotros á nuestro tute.

¿Creerá V. que mientras duró la cachetina (cerca de seis horas), no apareció un municipal siquiera para ponernos en paz?

Ya veo que aquí sucede lo que en España.

Esto es lo que ha pasado ni mas ni menos; y no dé V. crédito á lo que diga el *diario de avisos* de Gibraltar, cuyo redactor está vendido al oro moro.

¡Vaya una cacofonía!!

Hasta otra se despide

AIRAM.

FELICES PASCUAS.

La galantería española es una cosa proverbial en Europa: faltaba empero que lo fuese en África. Un pueblo que dice pelear en pró de la civilización cris-

tiana no puede dispensarse de ser modoso y obsequioso en esta temporada del año, en que estamos obligados á ser amables hasta con aquellos que por mil medios, á cual mas improcedentes, nos piden dinero.

Semejante idea no podía pasar desatendida del general O'Donell, que es galante como español y católico como irlandés. Y héte aquí que prepara á los marroquíes una sorpresa amistosa, ruidosa, estrepitosa, que resuena hasta el corazón del imperio marroquí y es repetida por los ecos subterráneos del peñon de Gibraltar, que repentinamente se siente acometido de vértigos.

Érase el día posterior al de Inocentes, y el general, previsor en todo, dispuso que los dulces fueran conducidos por mar á Tetuan, pues aunque confeccionados con materias no frágiles, interesaba sobremanera que llegasen enteritos y bien acondicionados. La elección del día probó asimismo el buen tacto del general, que sin duda dijo para sí:

No conviene que el regalo sea hecho en los precisos tres días de las Pascuas, porque mirando por la salud del prójimo, es fácil que un exceso en días glotonos de suyo, produzca una indigestión á esas gentes bárbaras que ignoran el secreto europeo de comer turrón impunemente. Tampoco conviene que el presente les sea hecho el día 28, porque si los marruecos se han proporcionado un almanaque, ahora que por ser materia desestancada se espande al ínfimo precio de gratis, pueden creerlo inocentada. Y ello es que los bombones deben comerse antes de que terminen los días de ceremonia.... Sea pues el 29.

Tratando de regalar dulces á toda una ciudad, era cuestión de encontrar unas bomboneras capaces de contener una dosis bastante para saciar el apetito de tanta gente; pero ello es que nuestros marinos, que en esto de galantes tienen el empeño de llevarse la palma, tomaron á su cargo no solo distribuir los dulces, sino trasladar las confiterías.

Llegó el presente á la vista de Tetuan, y acto continuo se mandó una muestra, que por el sabor les pareció á los marruecos bombon de Francia, del cual conservan aun cierto gustillo en el paladar.

Lo que es hablar á las gentes con buenos modos... Los incivilizados africanos comprendieron al punto la obligación de cortés correspondencia en que les colocabá aquella muestra de distinción. Así fué que seguidamente remitieron un cartucho á los confiteros españoles, y detras de éste otro, y así sucesivamente; pero, amigos míos, con tan mala elección lo hicieron, que los tales dulces, por insípidos y desabridos, parecían fabricados en una confitería inglesa. Aquí entra lo bueno.

No bien los españoles se apercebieron del efecto causado por su amable conducta, se dieron tal prisa á mandar dulcecitos á los tetuaneses y con tan española esplendidez hicieron el gasto, que al poco rato los mismos fuertes de la ciudad no podían con los bombones y se venían abajo, como diciendo:

— Gracias, gracias; tenemos bastante.... Mucho sentimos no poder corresponder á Vds....

Y eran tan humildes las reverencias de los agracedidos fuertes, que á puro inclinarse sobre la tierra se venían abajo los lienzos de muralla.

Los españoles continuaron un buen rato obsequiando á los tetuaneses, porque sabían que los monos son amigos del dulce y era menester dejar bien sentado el refrán, cuando Dios dá, para todos dá.

Pero al fin hubieron de comprender que no todos los dulces de Pascua se comen en un día, y que algo de la provision se habia de reservar para las festividades de año nuevo, Reyes, Candelaria, etc., etc.

Las confiterías, los confiteros y los cartuchos con parte de los bombones, hicieron rumbo hácia Algeciras. Mas no se alejaron de las aguas que habían azucarado, sin decir, con esa cortesanía que tan simpático hace al que la posee:

— Felices Pascuas señores: ahí quedan esos dulces.

Caramelito de Rosa.

TOROS EN TETUAN.

Está organizándose en Cadiz una cuadrilla de toreros para dar una funcion en Tetuan el día 23 del próximo enero, en celebridad del cumpleaños del príncipe de Asturias.

Hé aquí el

PROGRAMA.

(Aunque el tiempo no lo permita.)

GRAN CORRIDA DE TOROS.

Primera parte.

Abierta la plaza á las tres de la tarde con asistencia del emperador que ocupará un palco debajo de la presidencia, custodiado por seis monos y dos orangutanes, se presentará la cuadrilla que despues de saludar, recibirá de su majestad Bárbara la media-luna que éste se quitará del turbante, y la cual servirá para cortarle las garras, si de otro modo no se dejase matar, al primer toro. La cuadrilla se presentará en esta forma:

1.º Los tres espadas. En seguida de estos, tres odaliscas blancas con una copa y una botella de aguardiente cada una, por si aquellos necesitan refrigerarse.

2.º Ocho toreros: á estos seguirán ocho odaliscas negras, con iguales utensilios y al mismo objeto.

3.º Tres banderilleros y odalisca y media por barba.

4.º Cuatro picadores y diez y seis odaliscas blancas ó negras, para los cuatro.

Los perros se escojerán hasta el número de 40 entre los moros del Riff.

Retirados los perros y en plaza picadores y toreros, se hará la señal para el

Primer toro (de muerte) *Side-Mohamet*, con divisa encarnada y amarilla, de la pinta de la bandera española. Se le capeará, se le picará y pondrán rehiletes, y al fin se le romperán los tendones con la media-luna.

2.º toro, *Gran visir*, pelo rubio y procedente de la ganadería sir James Thompson. Con este toro que huirá á la pica y á las banderillas y á la espada, la emprenderá á puñetazos el mismo dueño, en castigo de no haber presentado un toro leal como se requiere.

3.º toro, *Príncipe Muley*, que se cerrará á la barrera sin querer tomar varas ni picas. A este le morderán los 40 perros del Riff.

Aquí concluirá la primera parte. Las odaliscas refrigerarán un poco á los lidiadores, el emperador se relamerá todo el cuerpo para limpiarse del polvo, fumará una pipa, el público un cigarro y empezará en seguida la

Segunda parte.

1.º toro, *Mentiroso*, (embelado).

Las bolas para este toro se encargarán á la redacción del *Gibraltar-Cronicle*.

2.º toro, *Rubicundo*. A este que será de la misma ganadería que el *Gran visir*, el público lo conocerá y lo echará á silbidos de la plaza.

3.º y último, *Tánger*. (De muerte y de punta). A éste se le obligará poniéndole delante un monigote vestido á la inglesa, el toro embestirá eiego, se quitará entonces el monigote y el animal quedará clavado con las astas en la barrera, sin poder moverse. Entonces los banderilleros se le subirán encima y el cachetero lo rematará.

Nota: Todos los españoles mayores de 20 años tienen derecho de asistir á esta funcion. Los billetes se despachan en el campo del Otero á razon de cabeza de moro por billete.

ANTONIO ALTADILL.

Por todo lo no firmado, ARCADIO LUQUE.—E. R.